

Reflexiones de un antropólogo del Sur amazónico sobre el Coronavirus...

Jose Marín

Ginebra, primavera 2020

En las antiguas culturas indígenas de la región andina, sud-americana, el peor castigo, que se le podía imponer a una persona, era convertirlo en “Huaccha” (huérfano).

Los indígenas consideran, que la verdadera pobreza, no es material. Los andinos consideran, que la verdadera pobreza, es la soledad física y espiritual.

Reducir a alguien, a la situación de huérfano, era expulsarlo del mundo social colectivo y reducirlo a la soledad impuesta. La soledad impuesta, es la situación de vida, considerada como la más miserable de las condiciones de vida.

Todos necesitamos a los demás, para construirnos. Nadie se construye solo. Necesitamos de los demás, para tejer la relaciones sociales, afectivas y emocionales, que nos permiten existir.

La más simple relación social es interpersonal. El “yo”, que nos permite situarnos en la sociedad, es el “tu”, que nos dirigen los otros.

En la actual pandemia, que flagela a la humanidad, en algunos países europeos y en el mundo occidental, una de las medidas para resistir a este flagelo, ha sido la *distanciación social*. Esta medida es racionalmente justificada. Aplicada a las personas de la tercera edad, so pretexto, que los mayores de 65 años son una población considerada de alto riesgo, de ser atacadas por el coronavirus.

Bajo estas circunstancias, la gente de la tercera edad, se ha visto confinada, aislada y excluida de sus relaciones familiares y sociales. Excluidos del fundamento socio -afectivo y emocional, con el mundo exterior, vitalmente necesario para todos.

Sabemos, que la soledad y el aislamiento, puede ser muy negativo para la salud mental de las personas ancianas. La gran mayoría de los muertos de tercer edad, en Italia, España y otros

países, a causa de la Pandemia, murieron solos y muchos de ellos, en el total aislamiento.

Pienso, que esta experiencia, puede servir como una referencia, que puede ayudarnos a reflexionar sobre la nocividad de esta medida y nos puede ayudar a corregir, los efectos perversos de la misma.

Esta decisión de distanciar a los ancianos de sus familiares y de las personas próximas, ha hecho sufrir mucho, a quienes las han soportado.

La reflexión intercultural nos permite, de aprender de las otras culturas. Ciertos principios de convivencia humana, que pueden servirnos, para mejor vivir y compartir con los demás.

En el caso de las personas de la tercera edad, en Europa Occidental, podemos constatar que, los ancianos, ya estaban confinados, en instituciones o sobrevivían solitarios en sus viviendas, ya antes de las medidas de distanciamiento, que impuso la pandemia.

Los ancianos sufren de la soledad, como una de las consecuencias, de la ruptura de la familia tradicional, en tanto institución tutelar de la comunidad familiar. La familia en tanto institución social, ha sido remecida y erosionada, por la profunda crisis de la sociedad post - capitalista, que provocó el aumento de los divorcios y con ello, la fragmentación familiar y la individualización creciente de las personas.

La sociedad occidental ha sido remecida, por mutaciones socio-económicas y culturales profundas, provocadas por la Globalización.

Además, debemos asumir, que esta crisis ha multiplicado el sentimiento de la ausencia del “futuro”, que ha ido erosionado el imaginario colectivo y ha alimentado las incertidumbres crecientes, que han impuesto la pandemia actual. Nuestra identidad como especie está puesta en discusión

La pandemia desafía los límites de la racionalidad científica occidental y constituye un verdadero desafío epistemológico.

Necesitamos en principio, de una gran modestia y de una enorme humildad, que nos permita aceptar, que somos una especie viva más, entre muchas y que formamos parte de la naturaleza, de la biósfera.

Muchas especies vivas desaparecen todos los días y nosotros, también podemos desaparecer...Y la naturaleza continuará a existir, como en el principio de los tiempos.

Somos, seres vivientes, que tienen una existencia y una presencia muy reciente, comparados a las bacterias, a los virus y otras formas de vida, que habitan la biósfera, desde hace millones de años. *Homo Sapiens*, es una especie, de las más recientes, en este escenario.

Estamos frente a un desafío, epistemológicamente enorme, que nos obliga a repensar la construcción de nuestras percepciones y conocimientos.

Más allá, del discurso colonial, que separó arbitrariamente la naturaleza del hombre, que creó la cultura, inspirada en su sola inteligencia racional, que pretendió explicarlo todo. Debemos recordar y podemos afirmar: que no puede haber cultura sin naturaleza. Para los indígenas no hay cultura sin naturaleza, que es la que la genera.

Para comprender la pandemia actual, necesitamos cambiar profundamente nuestro imaginario occidental, heredado del Judeo-Cristianismo, sobre el cual construimos, una visión del mundo antropocéntrica, que nos permitía sentirnos, como los maestros de la creación divina, de la cual nos afirmábamos, como los herederos universales de la creación del mundo y del universo.

Nuestra visión antropocéntrica y eurocéntrica, nos permitió, percibir e imaginar un mundo, en el cual, nosotros podíamos dominar y disponer de las otras formas de vida.

El Eurocentrismo, como identidad cultural y política dominante, se encargó de explicar el mundo occidental, como única referencia válida desde el siglo XV, que marcó el inicio de los imperios coloniales liderados por España, Portugal, Francia,

Holanda, Bélgica y los imperialismos, como el inglés y el norteamericano, que le sucedieron, hasta nuestros días.

Frente a la exigencia de explicarnos las múltiples dimensiones y realidades, que nos impone la pandemia, necesitamos imaginar la construcción de una visión global y multidimensional, para abordar una reflexión sobre la pandemia del Coronavid19

Estamos frente a nosotros, tratando de comprender este laberinto de incertitudes. Creemos, que la historia nos podría ayudar.

Valdría recordar, que a mediados del siglo XVI, se realizó la Controversia de Valladolid (1550-51). Este hecho histórico, fue una disputa teológica, para saber, si los indígenas de América poseían un alma, o no?

Esta confrontación ocurrió, entre el Padre Dominicó Bartolomé De las Casas, que defendía y afirmaba, que los indígenas eran seres humanos y que poseían un alma y el teólogo Ginéz de Sepúlveda, que lo rebatía, en el sentido de que, los indígenas no eran humanos y no poseían en consecuencia un alma. La conclusión era, que formaban parte de la **animalidad**, de la cual el hombre podía disponer.

Esta Polémica teológica y filosófica consagró la separación arbitraria de la especie humana, en dos categorías:

Entre quienes **pertenecían a la Humanidad**, entre los que se encontraban los colonizadores y sus descendientes. Además, en tanto ellos, se consideraban parte de la creación divina. Entonces eran los legítimos herederos y poseían el derecho de disponer de la creación divina. Este hecho legitimó, la dominación de todas las otras especies vivas, incluido los indígenas y los esclavos africanos.

Esta premisa fue utilizada para fundamentar el racismo colonial, cuyo fundamento se apoya en las categorías y jerarquizaciones físicas y biológicas.

Los indígenas y los africanos, al carecer de alma, formaban parte de la animalidad

Este fue el argumento, para justificar el tráfico esclavo africano y la explotación, la dominación y el genocidio de los pueblos indígenas de América.

Los colonialistas eran considerados, los herederos del creador divino y de su obra. Pudieron disponer de la naturaleza, de los esclavos africanos y de los indígenas, que formaban parte la animalidad.

·
La separación entre la cultura y la naturaleza, fue la que sustentó la visión del mundo occidental, que aisló al hombre de las otras especies vivas .

La pandemia nos recuerda, que esta falacia de la separación del hombre, de las otras formas de vida existentes en la naturaleza, lo llevó a tener un comportamiento depredador, durante siglos que justificó la ejecución del ecocidio, que sufrió la naturaleza. Su comportamiento de eterno conquistador y destructor de la naturaleza, cuyo efectos perversos los vivimos ahora.

Toda acción provoca una reacción.

La destrucción de los ecosistemas, la deforestación que impone, diariamente el desalojo de seres vivos, de sus respectivos habitats, es un proceso, que obliga a sus victimas ha adaptarse, a migrar, a buscar otras forma de sobrevivencia, pienso en los murciélagos que se fueron a las áreas urbanas, llevando con ellos sus virus respectivos, que de una manera explicable se trasladaron al hombre, Como quien busca al verdadero culpable de su tragedia.

José Marín